Cuadro del Sr. Esquivel.

Exposicion de Pinturas.

(Conclusion.)

Introduciéndonos insensiblemente en los salones de la exposicion, y aunque con el sentimiento de haber de pasar en silencio algunos de los cuadros presentados, llegamos á los del Sr. Esquivel, en que por voto general se ha reconocido lo que dijimos al principio de nuestro artículo anterior, un paso mas, y un paso de gigante.

Cuando este jóven andaluz llegó años pasados á Madrid, muy pronto se estendió la fama de la extraordinaria facilidad y singular parecido de sus retratos al ólio, pero ahora hay que añadir á estos elogios, que á fuerza de copiar el natural con perseverante estudio, ha adelantado sobremanera en la correccion del dibujo, y que ademas su imaginacion ha tomado vuelo, remontándose á la esfera de las sublimes concepciones que conducen al templo de la gloria. Los seis apóstoles que en esta exposicion ha admirado el público confirman nuestro juicio: hay reposo y armonia en sus tintas, vigor en el colorido, nobleza en las actitudes, espresion en las cabezas, si bien el dibujo afloja algun tanto en los estremos.

Pero en lo que el Sr. Esquivel ha dado mayor prueba de sus progresos en el arte ha sido en el gran cuadro de la Transfiguracion. Penetrada su imaginacion de lo sublime, de lo grandioso y magnífico que debió de ser el prodigio del Tabor, ha dado á la figura de Jesus aquella elevada nobleza del dibujo que debe infundir en el que lo mira la idea de la divinidad. La animacion, el arrobamiento del rostro del Salvador recuerda el *facta est species vultus ejus altera* de San Lucas, y el bien entendido resplandor, el brillo de gloria que ilumina toda la parte superior del cuadro son la imágen que San Mateo nos presenta cuando dice *resplenduit facies ejus sicut sol*. Basta que el Sr. Esquivel se haya empleado con buen éxito en tan magnífico asunto, luchando con los recuerdos de grandes maestros para merecer los mayores elogios, y por lo tanto seria ridículo que nosotros preciados de inteligentes nos echásemos á rebuscar defectos en el cuadro de la Transfiguracion, obra maestra entre las suyas que hemos visto. Muy lejos de eso, hemos sacado con el posible esmero la copia que en grabado presentamos, muestra necesariamente imperfecta de lo que es en sí el original.

Por el deseo de dar á nuestros lectores los tres dibujos que han acompañado á este artículo, se ha diferido tanto su publicacion, que en este momento nos asalta el recelo de que tal vez parezca á algunos destituida de oportunidad la relacion que vamos dando de la última exposicion de pinturas; así que, procuraremos abreviarla, concluyendo con una ligera mencion de otras obras elegidas entre las que á nuestro entender merecen el título de mas notables.

De este número era una copia en miniatura de la virgen del Ferrato ejecutada por la Señorita Doña Teresa Nicolao, en que ha competido gloriosamente con el original.

La copia de un retrato de Goya en que la Señorita Doña Maria del Rosario Weis ha manifestado sus grandes conocimientos en el manejo del lapiz, y la mayor inteligencia en conservar las bellezas del original reduciendo sus dimensiones.

Varios retratos ejecutados por el Sr. Corso de personas muy conocidas en Madrid, por cuya circunstancia todo el mundo ha podido juzgar de la semejanza.

Un cuadro del Sr. Vives que representa un guarda de campo dormido que ha valido á su autor merecidos elogios. Es lástima que el cielo de este cuadro participe tanto de las tintas de la cabeza haciendo perder á esta mucha parte de su vigor y brillantez.

Un retrato de Señora muy bien ejecutado por el Sr. Ortega: la cabeza sobre todo nos pareció muy bien pintada, aunque no asi el fondo del cuadro.

Y por último algunos paises, bodegones, y cuadros de fantasía cuyo respectivo mérito ha contribuido á ilustrar la exposicion.

Juzgando de ella en general, puede decirse que si no tenemos muchos escelentes pintores, no es comparativamente escaso el número de los jóvenes que dan muestras de su ardiente amor al arte, y esperanzas de que siguiendo el buen camino comenzado, llegarán á inmortalizar su nombre dando brillo y esplendor á su pais y á la época en que florecieron. Las circunstancias tristísimas de esta desgraciada época hacen mirar como un verdadero prodigio lo poco bueno que se hace, y realzan el mérito de los que á fuerza de ingenio y noble ambicion de gloria, sostienen el desfallecido genio de la pintura, para que no perezca entre los horrores y desastres de la guerra civil. Ojalá llegue pronto el dia en que disipadas las nubes que ahora obscurecen la atmósfera política, veamos en una nueva exposicion pública la evidente demostracion de que á la sombra de la pacífica oliva, y no entre el estruendo de las armas, es como únicamente pueden florecer las bellas artes.

S. el E.

NOTA. *El sistema adoptado en nuestro* Semanario Pintoresco, *y el carácter especial de esta publicacion, nos vedan el dar lugar á la polémica de cualquier linage que sea: por eso no insertamos el comunicado que se nos ha dirigido elogiando al Sr. Gutierrez, y contra nuestro artículo del núm. 84 relativo á la exposicion de pinturas. Sin embargo, diremos al articulista, que nuestra crítica podrá ser equivocada, pero nunca ofensiva; que el hallar algun defecto en un cuadro no es injuriar á su autor, ni suponer que no haya hecho y pueda hacer otros mucho mejores; que somos muy afectos á la antigua escuela sevillana, y no quisimos acusarla de mal dibujo y colorido, sino insinuar que tal vez el Sr Gutierrez llevado de su deseo de la imitacion (la cual bien dirigida es el camino de la perfeccion) habia sujetado en demasía sus naturales disposiciones, incurriendo en tal cual incorreccion de dibujo, en tal cual incongruencia del colorido. Mayores esplicaciones, lo repetimos, no nos parecen propias de este lugar.*

PANORAMA MATRITENSE.

MADRID Á LA LUNA.

«En el silencio obscuro su belleza
desnuda de afeitadas fantasías
le descubre al pintor naturaleza.»
PABLO DE CESPEDES.

I.

Madrid es para mí un libro inmenso, un teatro animado, en que cada dia encuentro nuevas páginas que leer, nuevas y curiosas escenas que observar. Algunos años van transcurridos desde que cansado de estudiar mentalmente en dicho libro, cedí á la fuerte tentacion de leerle en alta voz; quiero decir, de comunicar al público mis menguadas observaciones; y sin embargo, todavia no encuentro agotada la materia; antes bien, los límites del campo que me tracé, cada dia se retiran á mi vista, en términos que primero que el espacio entiendo que han de faltarme las fuerzas para recorrerle.

En esta animada óptica, en este panorama moral, unas veces me ha tocado contemplar sus cuadros á la brillante luz del sol de mediodia; otras al dudoso reflejo del crepúsculo de la tarde; cuando enbalsamados con el

suave ambiente de primavera; cuando entristecidos por las densas nubes invernales; ya inmensos, agitados y magníficos; ya reducidos á límites estrechos y grotescas figuras.

Pero hasta el dia (lo confieso con rubor), no habia parado la imaginacion en uno de los mas interesantes espectáculos, y estaba muy lejos de sospechar que en aquella misma hora en que apagando mi linterna y cerrando el ventanillo, me entregaba tranquilamente á ordenar en mi memoria cualquiera de las escenas anteriores, la naturaleza próvida é infatigable me brindaba con una de las mas interesantes y magníficas; esto es, *Madrid iluminado por la luna*.

Si yo fuera partidario de la escuela rancia, no dejaría de empezar aquí mi narracion por un brillante apóstrofe á la señora Diana, con el *¡oh tú!* de costumbre, y suplicándola que suspendiendo por aquella noche su rato de bureo con el consabido pastorcillo cazador, tuviese á bien prestarme su influjo y su *rayo macilento* para dibujar un cuadro tan pálido y dormilon como ella misma.

O bien, siguiendo el moderno estilo, me dejaría de apóstrofes y de deidades paganas, y encaramándome á una altura (la de San Blas por ejemplo), miraría dibujarse en el espacio, y á la luz del astro de la noche las elevadas cúpulas de la capital; mi imaginacion las prestaria vida, y convirtiéndolas en gigantescos mónstruos, miraríalas

"Levantarse, crecer, tocar las nubes»

y dirigir sus fatídicos agüeros al pueblo incauto que se agitaba á sus pies, y que probablemente seguiría tranquilo su camino sin escucharlas ni entenderlas.

Cualquiera de estos dos extremos prestaría sin duda interés á mi discurso, y convertiría hácia él la atencion de mis oyentes; pero así creo en las visiones fantásticas como en las deidades de la mitológia, y eso me dan las metamórfosis de Ovidio como los mónstruos de Victor Hugo; porque en la luna solo tengo la desgracia de ver la luna, y en las torres las torres, y en el pueblo de Madrid, una reunion de hombres y de calles y de casas que se llama la *muy noble, muy leal, muy heróica, imperial y coronada villa y corte de Madrid*.

II.

Hacia ya larga media hora que todos los relojes de la capital sonaban sucesivamente las once de la noche. Los hermosos reverberos, (una de las señales mas positivas del progreso de las luces en estos últimos tiempos) iban negando sus reflejos, y cediendo al nocturno fanal la alta mision de iluminar el orizonte; por manera que el primer rayo de la luna servia de señal al último destello del último farol; combinacion ingeniosamente dispuesta que honra sobremanera á los conocimientos astronómicos del director del alumbrado. Los encargados subalternos de esta artificial iluminacion, recogian ya sus escalas y antorchas propagadoras; las tiendas y cafés cerrando sus puertas despedian políticamente á sus eternos abonados; y los criados de las casas cerrando tambien sus entradas, dirijian una tácita reconvencion á los vecinos perezosos ó distraidos. Veíase á algunos de estos llegar apresurados á ganar su mansion antes que la implacable mano del gallego se interpusiese entre ellos y la cena; y llegando á la puerta y encontrándola ya cerrada, daban los golpes convenidos, y el gallego no parecia; y volvian á llamar una vez y otra, y se desesperaban grotescamente hasta que se oia acercar un ruido compasado semejante á los golpes de un batan ó á las descargas de artillería, y eran los férreos pies del gallego que bajaba, y medio dormido aun, no acertaba la cerradura, y apagaba la luz, y se entablaba entre amo y mozo un diálogo interesante y entre puertas, hasta que en fin abiertas estas iba desapareciendo en espiral el rumor de los que subian por la escalera.

Los amantes dichosos habian concluido ya por aquella noche su periódica tarea de suspiros y juramentos, y trocaban el aroma de sus diosas respectivas por el grato olorcillo de la ensalada y la perdiz; en el teatro habia muerto ya el último interlocutor, y *Norma* se metia en el Simon, y *Antony* tomaba su paraguas para irse á dormir tranquilamente, á fin de volverse á matar á la siguiente noche; el celoso amo de casa hacia la cuotidiana requisa de su habitacion, y se parapetaba con llaves y cerrojos; la esposa discutia con el comprador sobre varios problemas de aritmética referentes á su cuenta; y el artesano infeliz en su buhardilla descansaba tranquilo hasta que viniesen á herir su frente los primeros rayos del sol.

No todo, sin embargo, dormia en Madrid. Velaba el magnate en el dorado recinto de su gabinete, agotando todos los recursos de su talento para llegar á clavar la voluble rueda de la fortuna; velaba el avaro creyendo al mas ligero ruido ver descubierto su escondido tesoro; velaba el amante bajo el balcon de su querida esperando una palabra consoladora; velaba el malvado probando llaves y ganzuas para sorprender al infeliz dormido; velaba el enfermo contando los minutos de su agonía, y esperando por momentos la luz de la aurora; velaba el jugador sobre el oscuro tapete viendo desaparecer su oro á cada vuelta de la baraja; velaba el poeta inventando situaciones dramáticas con que sorprender al auditorio; velaba el centinela mirando cuidadosamente á todos lados para dar en caso necesario el alerta á sus compañeros dormidos; velaba la alta deidad en el baile siendo objeto de mil adoraciones y agasajos; velaba la infeliz escarbando en la basura para buscar en ella algun resto miserable del festin.

Y sin embargo en medio de este general desvelo, la poblacion aparecia muda y solitaria; las largas filas de casas eran un fiel trasunto de las calles de un cementerio, y solo de vez en cuando se interrumpia este monotono silencio por el lejano rumor de algun coche que pasaba, por el ahullido de un perro, ó por el lúgubre cantar del Vigilante que en prolongada lamentacion esclamaba....¡*Las doce en punto*! y.... *sereno*.

III.

No se puede negar que la persona de un *sereno* considerada poéticamente tiene algo de ideal y romancesco que no es de despreciar en nuestro prosáico, material, y positivo Madrid, tan desnudo de edad media, de góticos monumentos y de ruinas sublimes.

Un hombre que sobreviviendo al sueño de la poblacion, está encargado de conservar su sosiego, de vigilar su seguridad, de conjurar sus peligros, tiene algo de noble y heróico que no hubieran desdeñado Walter Scott ni Byron si hubieran vivido entre nosotros. Dejemos á un lado el mezquino interes que sin duda le mueve á abrazar tan importante comision; no por ser recompensado con otro mas alto deja de ser noble la tarea del defensor armado de la seguridad del pais, la del abogado, escudo de la inocencia, la del público funcionario, autorizado servidor de los intereses del pueblo.

Cuando todo el vecindario, abandonando sus respectivas tareas entrega sus cansados miembros al necesario reposo, cuando los gobernantes abandonan por algunas horas el peso de su autoridad, y los gobernados buscan en

el recinto de sus hogares el grato premio de sus fatigas, el uso positivo de sus mas halagüeños derechos, el sereno abandona su modesta mansion, y se arranca á los brazos de su esposa y de sus hijos (que *tambien* es padre y esposo) viste su morena túnica, endurecida por los vientos y la escarcha; toma su temible lanzon; cuelga á la punta el luciente farolillo, y sale á las calles ahuyentando con su vista á los malvados que le temen, como al grito de su conciencia, como al espejo de sus delitos y acusador infatigable de la ley.

Durante su monotono paseo, ora reconoce una puerta que los vecinos dejaron mal cerrada, y les llama para advertirles del peligro; ora sosiega una quimera de gentes de mal vivir rezagadas á la puerta de una taberna; ya impide con su oportuna llegada la atrevida tentativa de un ratero, y salva y acompaña hasta su casa al *miserable* transeunte á quien aquel asaltó; ya presta su formidable apoyo al baston de la autoridad para descubrir un garito ó proceder á una importante captura. Noblemente desinteresado en medio de tan varias escenas, deja gozar de su reposo al descuidado vecino, sin exigirle siquiera el reconocimiento por el peligro de que le ha libertado, por el servicio que acaba de prestarle sin su noticia; y cuando todavia en su austero semblante se notan las señales del combate que acaba de sostener ó de la tempestuosa escena que acaba de presenciar, alza sus ojos al cielo, mira la luna, muda, quieta, impasible, como su *imaginacion*; presta el atento oido al reloj que da la hora, y rompe el viento con su voz, esclamando tranquila y reposadamente: ¡*La una menos cuarto*! y..., *sereno*.

No sé si he dicho, (y sino, lo diré ahora) que aquella noche por un capricho que algunos calificarán de estravagante, me habia propuesto acompañar al buen Alfonso, el vigilante de mi barrio, en su nocturno paseo; y que para poder hacerlo con mas libertad, habia creido conveniente aceptar un capotón y un chuzo como los suyos que me prestó.

No se rian mis lectores de esta transformacion de mi esterioridad; otras no tan momentáneas, aunque no menos ridículas, vemos y contemplamos todos los dias sin estrañeza; un trage humilde, una corteza grosera, suele á veces encubrir la inteligencia del alma, y ¡cuántas veces un magnífico uniforme suele servir de disfráz á un tronco rudo!

Mi voluntario sacrificio de algunas horas tenia por lo menos un objeto noble. Yo soy un hombre concienzudo y chapado á la antigua, que gusto de estudiar lo que he de escribir, y tratándose ahora de las costumbres de alta noche, creí indispensable una de dos cosas; ó que el sereno se hiciese escritor, ó que el escritor se transformase en sereno. Lo segundo me pareció mas fácil que lo primero.

IV.

Ya habia un buen ratillo que andábamos, sin ocurrirnos cosa que de contar sea, cuando al pasar por bajo de los balcones de una casa principal, hirió dulcemente nuestros oidos una grata armonía de instrumentos. Alzámos involuntariamente la vista, y al resplandor de la suntuosa iluminacion que exhalaban las ventanas, vimos dibujarse en la pared de enfrente los fantásticos movimientos de mil figuras elegantes que acompañaban los acordes de la orquesta, encontrándose y separándose á compas. Varios grupos estacionarios é inamovibles, ocupando los balcones, formaban entretenidos episodios en este cuadro *interesante y animado*, y veíanse circular por la sala multitud de familiares, con sendas bandejas distribuyendo refrescos y confitura; y escuchábase el confuso murmullo de mil dialogos interesantes; y sentíase el aroma de cien químicas preparaciones, y todo era risa y algazara, y movimiento y vida, y dulzuras y placer.

El ancharoso portal decorosamente reforzado con el apéndice del farolon de gala, mirabase henchido de mozos y lacayos que mataban el tiempo cambiando la calderilla á las sublimes combinaciones de la brisca, ó durmiendo al dulce influjo del mosto bienhechor; y á la puerta varios coches y carretelas demostraban la alta categoría de aquella magnífica concurrencia.

Cuando mas embelesados estábamos en esta contemplacion, un ruido penetrante que se aproximaba sucesivamente, nos hizo esperar la llegada de nuevas y magníficas carrozas, y ya los cocheros que ocupaban la calle se replegaban y abrian paso de honor á los recien venidos. El ruido, sin embargo, llegó á hacerse sospechoso por una disonancia *sui generis* que no es facil comparar con otra alguna; y al revolver la esquina de la calle la brillante comitiva, nuestras narices acometidas de improviso nos dieron á conocer la verdad del caso.

Un movimiento eléctrico hizo desaparecer á todos los grupos de los balcones, y cerrar los cristales, y huir todos y refugiarse al medio del salon, y prestarse mútuamente pañuelos y frasquillos, y cruzarse las sonrisas y miradas burlonas de inteligencia, y esperar todos á que aquella ominosa nube pasase de largo. Mas.... ¡oh desgracia! el imperturbable conductor para y detiene su primera máquina de guerra (en que montaba) delante de la misma puerta del sarao; á su voz le imitan igualmente todos los demas funcionarios con sus respectivos instrumentos, y sin hacer alto en la consternacion del concurso, ni en la *incongruencia* de su determinacion se preparan á ejecutar sus profundos experimentos en el pozo mismo de la casa en cuestion.

Los criados corren presurosos á avisar al amo del grave peligro que amenaza; este horrorizado baja la escalera vestido de *rigorosa* etiqueta con zapato de charol y guante blanco; busca y encuentra al director de aquella escena, le suplica que dilate hasta el siguiente dia su operacion; otras veces le amenaza, le insulta y.... todo en vano; el grave funcionario responde que no está en su mano el complacerle, y que tiene que obedecer al mandato de sus gefes. Este dialogo animado se estereotipa en la imaginacion de todos los concurrentes; las damas acuden á buscar sus *schales* y sombreros, los galanes toman capas y *surtqus*; los lacayos corren á hacer arrimar los coches; el amo patea, y grita, y ruega á todos que no se vayan, que todo se compondrá; nadie le cree, y los salones van quedando desiertos, los músicos envuelven en las bayetas sus instrumentos, y toda la concurrencia en fin gana por asalto la calle, procurando evitar los ominosos preparativos, cerrando herméticamente sus narices, y corriendo precipitados á buscar otra atmósfera no tan mefítica y angustiosa.

Nuestro auxilio no fue del todo inútil en tan crítica situacion, antes bien pudimos servir y servimos con efecto á reunir las discordes parejas que por efecto de la distraccion y aturdimiento propios de semejante catástrofe, tomaban un coche por otro, ó emprendian un camino diametralmente opuesto al que llevaba la familia. Uno de estos grupos episódicos *reclamó* mi auxilio, para disipar sin duda con mi presencia cualquier sospecha que pudiera infundir á un marido, por poco celoso que fuese, el verlos llegar tan solos y á tales horas. Comprendí, pues, toda la importancia de mi papel, que era nada menos que representar á la sociedad, defendiendo los derechos del ausente, y en su consecuencia traté de llenar mi deber en términos, que sospecho que el galan mas

de una vez me dió á todos los diablos, y hubiera querido no haber tropezado con mi inevitable farol.

Al avistar la casa de las señoras, vimos asomar por otra esquina á la demas familia, acompañada casualmente por el buen Alfonso. Trocados el santo y seña, nos reconocimos todos, depositamos nuestro respectivo convoy, y yo observando las miradas escrutadoras del esposo, y su enojo mal reprimido, no pude menos de verter una gota de bálsamo en su corazon. "Tranquilícese V. (le dije al oido) su esposa de V. es *todavía* digna de su amor; la sociedad entera ha velado por ella en mi persona; pero cuenta, señor marido, que no todos los dias está la sociedad de *vigilante*, ni todos los faroles son tan concienzudos como el mio." — Dicho esto desaparecimos bruscamente sin dar lugar á mayores esplicaciones con el buen hombre, que no acertaba á volver del pasmo y á dar gracias á la sociedad que por servirle se habia escondido bajo el pardo capuchon de un sereno.

No habíamos andado largo trecho, luego que nos quedamos solos, cuando al revolver la esquina de una callejuela, hirieron simultáneamente nuestros oidos varias voces acongojadas que gritaban ¡*favor*! ¡*ladrones, ladrones*! — Redoblamos nuestros pasos; Alfonso suena su pito, y muy luego por todas las boca-calles vemos relumbrar *sucesivamente* los faroles de sus compañeros que acuden á la señal. Corre la voz de que hay peligro; ocúpanse oportunamente los desfiladeros, y de allí á un instante se siente una carrera precipitada de uno que escapa gritando: "*A ese, á ese, al ladron, al ladron.*" — Los guardas de la noche no se dejan engañar por este ardid, antes bien enfilan sus lanzones, dirigiéndolos hácia el que corre; éste, viendo ocupadas todas las salidas, intenta volver atras; mas ya no es tiempo; el círculo de los serenos se estrecha, y se encuentra el malhechor en medio de ellos, sufriendo su terrible interrogatorio, y los mas temibles reflejos de los faroles, asestados á su semblante, y á cuyo resplandor se revela en él la turbacion del crímen, que en vano intenta disimular. Cuadro interesante y animado, no indigno por cierto del pincel de nuestros célebres artistas.

Allí mismo se improvisó una cuerda, y ligado convenientemente fue encargado á dos de los aprehensores para conducirle al cuerpo de guardia, en tanto que los demas corrian á prestar su auxilio á los vecinos de la casa asaltada. Estos juraban y sostenian que algun otro malvado se habia escurrido hácia los tejados; y asi era la verdad, y que sin duda lo hubiera conseguido, gracias á la ligereza de sus piernas, en contraposicion á la gravedad de las de los perseguidores, á no haber asomado en aquel mismo momento la ronda del barrio con sus respectivos alguaciles de presa, los cuales destacados que fueron al ojeo, regresaron muy luego de las alturas trayendo muy bien acondicionado al fugitivo.

"Todas las cosas á ratos
tienen su remedio cierto,
para pulgas el desierto,
para ratones los gatos."

Disipada en fin aquella tumultuosa escena, volvimos Alfonso y yo á nuestro solitario paseo; y aquel que vió restablecido el silencio, y que era la ocasion oportuna para volver á lucir la sonoridad de su garganta; tosió dos veces, escupió, echó la cabeza fuera del capuchon, y con brio y magestad lanzó al viento el consabido canto llano.... ¡*Las dos en punto*! y.... *sereno*.

En este mismo instante empezaba á nuestra espalda otra escena que á juzgar por la obertura no podia menos de ser brillante y divertida. Una escogida orquesta de cencerros y esquilones, almireces y regaderas, obligada de periódicos bemoles producidos por aquel instrumento grosero, hasta en el nombre, formaba un estrépito original y estravagante que contrastaba singularmente con el silencio anterior. Semejante modo de hablar simbólico tiene esto de bueno, que espresa rápidamente, y no dá lugar á dudas ó interpretaciones. Asi que luego que oimos el sonido del cencerro, no dudamos que aquello podia ser una *cencerrada*, y al escuchar los fúnebres acordes de la *Lira de Medellin*, luego nos figuramos que se trataba de boda ó cosa tal.

Eralo en verdad; y los malignos felicitadores dirigian aquel agasajo á un honrado tabernero que en aquel dia acababa de trocar sus doce lustros de vida y sus cuatro de viudez con una calcetera tambien viuda, tambien vieja, y *tambien honrada; determinacion heróica* y altamente social que en vez de ser recompensada con tiernos epitalamios y coronas de laurel, celebraban sus amigos con aquella algazara que es ya de estilo para el que vuelve á encender segunda vez la antorcha del himeneo.

Un sentimiento de piedad, que sin duda produjo en Alfonso el recuerdo de su esposa, le movió á protejer la inviolabilidad de aquel primer sueño conyugal, y á disipar aquella tormenta que por lo menos tendia á interrumpirle por largo rato. Consiguiólo en efecto, gracias á su persuasiva autoridad, y luego que vió desamparada la calle, no pudo resistir á un movimiento de orgullo, dando á conocer al tendero el servicio que acababa de dispensarle, y exclamó. ¡*Las dos y media*!.... *y sereno*.

"Gracias, amigo", dijo á este tiempo una aguardentosa voz, escapada de una como cabeza que asomó envuelta en un gorro como verde, por el ventanillo de la tienda. Y tras esto una mano amiga pasó por el mismo conducto un vaso de Cariñena que hizo regocijar al buen Alfonso, el defensor del órden público y de los derechos conyugales.

Nuevos y nuevos sucesos exigian en aquel momento nuestra franca cooperacion. Una mujer desgreñada y frenética atravesaba la calle para rogarnos que fuesémos á la parroquia á pedir la extrema-Uncion para su hijo.... y por el opuesto lado un hombre sin sombrero, y sin corbata, nos acometia empeñándonos á acompañarle para ir á casa del comadron á rogarle que viniera á ejercer su ministerio cerca de su esposa. Fue, pues, preciso dividirnos tan importantes funciones; el compañero marchó con la mujer á la parroquia, y yo á casa del comadron con el marido. Y al volver á encontrarnos, el uno con el nuncio de la vida, y el otro con el ángel de la muerte, no sé lo que pensaria Alfonso; pero yo de mí se decir que me ocurrieron reflexiones que acaso no dirian mal aquí.

Una sola calle en todo el cuartel no habíamos visitado en toda la noche, negándose constantemente Alfonso á entrar en ella, no sin excitar mi natural curiosidad. Pero en fin instado por mí, y sin duda conociendo que ya podria ser hora oportuna, penetramos en su recinto, y luego reconocí la causa misteriosa de aquella reserva. Erase un apuesto galan embozado hasta las cejas, y tan profundamente distraido en sabrosa plática con un bulto blanco que asomaba á un balcon, que no echó de ver nuestra llegada, hasta que ya inmediatos á él, Alfonso tosió varias veces, y acercándose al preocupado galan, "Buenas noches, señorito"—¿Cómo? pues qué hora es?—Las tres y media acaban de dar.—Un profundo suspiro, que tuvo luego su eco en el

balcon, fue la única respuesta. Y el bulto blanco desapareció, y la misteriosa capa tambien.=

Al llegar aquí no pude menos de respetar en Alfonso el Dios tutelar de aquel misterio, y comparando esta escena con la anterior, eché de ver que entre la vida y la muerte hay todavia en este mundo alguna cosa interesante y placentera.

Patética iba estando mi imaginacion, sin que bastase á distraerla el sabroso diálogo que poco despues entablamos con un hombre que yacia tendido en medio de la calle, el cual inspirado por el influjo del mosto que encerraba en su interior, se soñaba feliz en los brazos de su esposa, y dirijia sus caricias al inmediato guarda-canton, asunto eminentemente clásico, y digno de la lira de Anacreonte.

En esto un perro ladró; y luego ladraron dos perros, y despues cuatro, y en seguida diez, y por último ladraron todos los perros del barrio, y Alfonso exclamó con alegría—«ya viene Colás; y el dia no puede tardar tampoco.»—¿Y quién era (exclamarán sin duda mis lectores) este nuncio del sol, este héroe matinal, á quien aclamaban en coro todos los cuadrúpedos vivientes?—¡Ahi que no es nada! Era Colás, el investigador de misterios escondidos entre el polvo y la inmundicia, el descubridor de ignoradas bellezas, químico analizador de la materia, substancia que se adhiere á las substancias de valor, disolvente metal que sabe separar el oro de la liga y vengar con su ciencia la injusticia de la escoba. Armado con su gancho protector, recorre sucesivamente los depósitos que los vecinos han colocado á sus puertas, y busca su subsistencia en aquellos desperdicios que los demas hombres consideran por inútiles y arrojadizos. Y como la raza canina cuenta tambien con aquellos mismos desperdicios como base de su existencia, y la ley (¡injusta ley hecha al fin por los hombres!) ha investido al *trapero* de una autoridad perseguidora hácia aquella clase, no hay que extrañarse del natural encono con que le miran, ni que las víctimas saluden á su paso al sacrificador, con aquel interés con que lo harian si el fuera Ministro de Hacienda, y ellos fueran los contribuyentes.

En sabrosa plática departian Alfonso y Colás sus mútuos sentimientos, entre tanto que yo apoyado en una esquina saboreaba las consideraciones que me inspiraba aquella escena, y ya me disponia á abandonarla y á despojarme de mi misterioso disfraz, cuando el sonido de una campana estraña llamó rápidamente la atencion de Alfonso que con el mayor interes interrumpe su diálogo, aplica el oido, cuenta uno, dos, cuatro, cinco golpes; y esclama.... ¡*Las cuatro menos cuarto*!.... y ¡*fuego en la parroquia de Santa Cruz*!

Inmediatamente corren precipitados todo los serenos; cuales á avisar á los obreros, cuales á reunir á los aguadores de las fuentes; estos á acompañar las máquinas, aquellos á dar aviso á la autoridad. En un momento las calles se pueblan de gentes que corren hácia el sitio del incendio; los carros de las mangas parten precipitados para alcanzar el premio de la que llega primero; cruzan las ordenanzas de los puestos militares; aparecen las autoridades con sus rondas; y unos y otros refluyen por distintos puntos al sitio del incendio. Esta escena era magestuosa é imponente; iluminada de un lado por los últimos rayos de la luna, de otro por el lúgubre resplandor de las llamas; animada por un conjunto numeroso de operarios que acudian á hacer trabajar las máquinas, á estraer las personas y muebles, á cortar el progreso del incendio, ofrecia un golpe de vista por manera interesante y animado.

No faltaban, en verdad, sus grotescos episodios; no faltaba manga que exhalaba su respiracion por un lado dirigiendo su benéfico raudal á la pared de enfrente, no sin grave compromiso de los curiosos vecinos que campeaban en los balcones; no faltaba hombre aturdido que para salvar de las llamas un precioso reloj, le arrojaba violentamente por el balcon; ni quien propusiera apagar el fuego á cañonazos, ni quien derrivar una casa inmediata para ponerla á cubierto de todo temor.

Pero el celo era grande; la filantropia de la mayor parte de los operarios, digna del mas cumplido elogio. Los serenos colocados en semicírculo delante de la casa incendiada, custodiaban los efectos; las patrullas disipaban á la parte innecesaria de la concurrencia; los vecinos prestaban sus casas á los infelices víctimas de aquella catástrofe; la autoridad procuraba regularizar los movimientos de todos y dirigirlos al fin comun. Por último, despues de un largo rato de inútiles tentativas, pudo llegar á cortarse el vuelo de las llamas; y sucesivamente todo fue entrando en el orden, hasta que ya disipado el peligro cada uno pensó en retirarse á descansar.

Los cantos de las aves anunciaban ya la próxima aparicion de la aurora; las puertas de la capital daban entrada á los aldeanos que acudian á proveer los mercados; las tiendas de aguardiente se entreabrian ya para ofrecer su alborada á los mozos compradores; los ancianos piadosos, seguian el misterioso son de la lejana campana que anunciaba la primera misa; y los honrados guardas nocturnos iban desapareciendo y apagando sus ya inútiles faroles.

Alfonso á este tiempo, hizo alto delante de una modesta habitacion, y con mayor alegria que en el resto de la noche esclamó: ¡*Las cinco en punto*! y....—"*Ya bajo*"—le contestó desde la buardilla una voz que supuse desde luego ser la de su cara mitad.

Conocí que era llegado el momento de separarnos; entregué le chuzo y capoton, y restituido á mi forma primera, volví á ser actor en un drama agitado del que toda la noche habia sido *sereno* ó indiferente espectador.

El Curioso parlante.

VENTAJAS DE LA ADVERSIDAD.

CUENTO MORAL.—(*Conclusion.*)

Consecuente con esta noble resolucion comenzó inmediatamente un asíduo curso de lectura, al cual dedicaba no solo el dia sino una gran parte de la noche, y pronto halló la recompensa de su laboriosidad, en la satisfaccion que le producia el haber obrado bien, unida á la sensacion de placer que esperimentaba su espíritu en el ejercicio de una ocupacion honrrosa, goces que desconoció mientras que fue conde de Glenthorn, el que antes miraba como un intolerable castigo el menor esfuerzo de la imaginacion, se deleitaba ahora en ejercitar las facultades intelectuales de que le habia dotado la naturaleza. La consideracion de los motivos que le habian inducido á adoptar aquel género de vida, era tambien otro manantial de satisfacciones, y todo contribuyó á disipar enteramente aquel fastidio que hasta entonces habia acibarado su existencia.

Terminados sus estudios en Irlanda el Sr. Donogoe, pasó á Londres á concluir su carrera en los tribunales superiores: perseveró allí en el rigido y laborioso plan que con tan noble decision habia seguido en Dublin,

y los resultados fueron proporcionados á los medios puestos en accion para obtenerlos. Adquirió un conocimiento profundo de su profesion, que unido á su talento natural nada comun, ofrecian garantías de acierto.

Asi que concluyó su carrera, volvió el Sr. Donogoe á Dublin donde abrió su bufete de abogado. Sus ganancias no pasaban al principio de 2 guineas (200 rs.) semanales, pero esta suma aunque pequeña, era para él un tesoro inestimable como precursora de ventajas futuras, pues entre las muchas lecciones útiles que le habia dado la esperiencia fue una de ellas, y tal vez la mas importante, *que los goces adquiridos con la propia industria son los mas apreciables.* Por algun tiempo fueron de poca consideracion las ganancias del Sr. Donogoe, pero su reputacion como letrado hábil é instruido se generalizaba de dia en dia, y muy luego se presentó una ocasion que acabó de afianzarla, allanándole el camino á la fortuna.

Habiendo enfermado repentinamente uno de los abogados en una causa importante, fue elejido Donogoe en su lugar, y habló con tanta elocuencia y fluidez, que escitó la mayor admiracion en el tribunal. Apenas acabó su defensa resonaron por todas partes repetidos aplausos: el pleito se ganó, y desde aquel instante fue considerado Donogoe como el abogado mas hábil del foro irlandés.

Entre las personas notables á quienes visitaba por entónces se hallaba Lord Y.... sugeto adornado de bellísimas cualidades, y que tomó el mas vivo interes en la prosperidad del jóven letrado. En su casa conoció este á la señorita Delamur, jóven amable, virtuosa y bella, quien por una singular coincidencia era heredera presuntiva de los estados de Glenthorn, siguióse al conocimiento el afecto mútuo, y á este, poco despues, la union de los amantes.

Entre tanto el castillo de Glenthom era una contínua escena de desórdenes y vulgar disipacion. El pobre Cristian (cuyo nombre seguiremos dándole) aunque generoso y bien intencionado, no tenia suficiente prudencia ó energia de espíritu para gobernar su familia. Su mujer llenaba el castillo con tríbus de sus anteriores amistades, y á él tenian que llevarle todas las noches á la cama en un estado deplorable de embriaguez. Para mayor afliccion del pobre Cristian, su hijo Juanillo, por quien se habia él sometido al trabajo de ser conde, habiendo prendido fuego una noche por descuido á las cortinas de su cama, pereció en las llamas que consumieron despues todo el castillo. No pudiendo resistir por mas tiempo las penurias de su posicion, escribió Cristian al Sr. Donogoe, que habia tomado el nombre de Delamur como mas eufónico, informándole de lo que habia sucedido. Esta carta llena toda de rasgos característicos de su autor terminaba asi: "Os escribo, ya que estais casado, de lo que os doy el parabien, con la señorita Delamur que es la heredera de todo esto, para suplicaros que vengais á tomar posesion de ello inmediatamente, pues yo estoy ya poco menos que muerto, y no podria, aunque quisiera, oponerme. Quiero volver á mi fragua, donde con la ayuda de Dios olvidaré lo que ha pasado. En cuanto á mi mujer puede buscar su vida por otro lado si no quiere vivir conmigo. Asi como asi no la incomodaré mucho. Dios os bendiga y venid como antes á reinar sobre nosotros seguros de que me hallareis como siempre vuestro fiel hermano.—Cristian."

El castillo se está ahora reedificando, añade el Sr. Delamur en la memoria que termina con la carta anterior, y cuando esté concluido y vuelva yo á habitarle, escribiré, si el público lo desease, un traslado fiel de mis sentimientos é ideas. Me lisongeo que no caeré de nuevo en la indolencia. Mi entendimiento ha sido cultivado, he tomado gusto á la literatura, y el ejemplo de Lord Y.... me demuestra que un hombre noble y opulento puede tambien ser activo y feliz."

El relato que antecede nos hace ver que por el esfuerzo de su talento combinado con un grado extraordidario de perseverancia y el ejercicio de sus facultades intelectuales, consiguió Delamur superar las desventajas de su posicion singular. Abandonado á sus propios recursos, habian bastado estos sin el auxilio de la opulencia ni el rango, á conducirle á la riqueza y á los honores, proporcionándole ademas el placer de pensar que la adquisicion de uno y otro era la obra de sus propias manos. La mas grata y satisfactoria de las reflexiones.

VARIEDADES.

Mr. Scott, natural de Exeter en Inglaterra, pasó la mayor parte de su vida viajando. Su puntualidad en cuanto emprendia y un método inalterable de vida, le hicieron célebre en toda la Gran Bretaña, al propio tiempo que una conducta hasta el extremo metódica y una actividad suma le grangearon crédito y bienes de consideracion. Por espacio de muchos años todos los dueños de las posadas en que paraba en los condados de Devon y Cornualles sabian el dia y aun la hora en que llegaria á su casa. Poco antes de morir ocurrió un acontecimiento que muestra la exactitud de este hombre. Viajando un caballero por el condado de Cornualles hizo alto en una posada insignificante de Puerto Isaac. Deseando comer pidió al mozo la lista de lo que habia, pero no agradándole nada de cuanto esta contenia, iba á pedir alguna cosa de su gusto, mas reparando en un hermoso pato que estaban asando: "Con ese tengo suficiente" le dijo al mozo. "No puede ser" le contestó el criado, "porque esa ave la estamos preparando para Mr. Scott de Exeter." "Conozco perfectamente á Mr. Scott" contestó el caballero, "y me consta que no está en vuestra casa." "Es verdad, señor" repuso el mozo, "que actualmente no está, pero *como cosa de seis meses ha* (que fue la última vez que estuvo), *nos encargó le tuviesemos un pato asado para comer este mismo dia á las* DOS *en* PUNTO;" y con el mayor asombro vio el viajero entrar por la puerta de la posada al mismo Mr. Scott, unos cinco minutos antes de la hora señalada.

Cierto Papa, que de una situacion oscura habia sido elevado á la silla pontifical, fue visitado inmediatamente por una diputacion, compuesta de los principales personages de una pequeña aldea, en que habia desempeñado por algun tiempo los deberes de párroco. Parece que habia prometido á los habitantes de dicha aldea, que haria algo en su favor siempre que se le presentase ocasion de verificar sus deseos; y el cumplimiento de esta promesa era lo que pedian los comisionados concediéndoles *dos cosechas todos los años.* El Papa accedió gustoso á su peticion MODESTA, bajo la condicion precisa de volverse inmediatamente á su aldea, y arreglar de una manera tal el almanaque de su término, que cada año de él constase de veinte y cuatro meses, idénticos á los reconocidos por los demas paises en que regia el almenaque general.

Cuando el globo aerostático fue inventado, le preguntó al doctor Franklin un hablador, que para qué servia? El doctor contestó á esta pregunta con otra,

diciéndole: ¿Para qué sirve un niño recien nacido? Puede llegar á ser *un hombre*.

Los chinos afectan despreciar la superioridad de ingenio de los europeos, pero no pueden componer un reloj una vez descompuesto. Cuando se les rompe una de las infinitas piezas de que se compone esta complicada máquina, y el reloj se para, quedando inútil para el objeto que sirve, dicen que *ha muerto*, se quedan muy satisfechos, y en seguida le cambian por uno *vivo*.

En cierta pequeña tribu de la América del Norte, luego que se levanta y sale de su choza el Príncipe saluda al Sol dándole los buenos dias, y en seguida le señala con el dedo el curso que debe llevar por todo aquel dia; queriendo manifestar con esto que hasta las leyes de la naturaleza dependen de su poder.

LOS GERVOS.

Entre las diferentes especies de cuadrúpedos que habitan sobre la superficie de la tierra, merecen particular atencion los de la Australasia por tener todos ellos, escepto el perro salvage que debe ser una importacion, una bolsa en el bajo vientre, particularidad que los distingue de las demas especies, y en donde meten y conducen sus hijuelos recien nacidos. Esta bolsa tan notable y maravillosa y otras cualidades del *Gervo*, del que hay varias especies, le hizo desde luego un objeto de curiosidad para los naturalistas europeos.

Los Gervos son del tamaño de una oveja grande; los cuartos delanteros y la cabeza son pequeños; tienen las orejas en continuo movimiento semejante á las liebres y conejos; las manos ó patas de adelante son cortas, con las garras provistas de cinco dedos cada una; unas y otras las emplean como brazos y manos, y nunca se sirven de ellas para andar, escepto cuando pacen. Las patas son tan largas como el cuerpo terminadas en una especie de pezuña provista de uñas agudas, y la cola es fuerte y larga. Las patas de atrás y la cola son los medios de que se vale este animal, de que tenemos una muestra en la casa de las fieras del Retiro, para correr, ó mas bien para saltar que es lo que verdaderamente hace.

Los habitantes de la Australasia los cazan con perros enseñados espresamente á perseguirlos y atacarlos. Si el terreno es pantanoso, los perros no tienen probabilidad alguna de alcanzar su presa á pesar de su ligereza y ferocidad; el Gervo vence cuantos obstáculos le presenta el terreno, cruza los pantános ó marjales, lo que no puede conseguir la jauria que le persigue, y evadiéndose de sus enemigos gana pronto las cuevas que le sirven de asilo. Pero si el terreno es llano, su suerte es enteramente diferente; perseguido, hostigado, no teniendo suficiente ligereza para escapar de la furia de sus veloces enemigos, y fatigándose mucho por los continuados saltos, se ve obligado á pararse y hacer frente; si tiene que lidiar con un agresor solo, le espera sentado en sus patas traseras, preparándose para cojer á su enemigo entre las patas de adelante, que le sirven, como antes hemos dicho, de brazos; en esta posicion se opone constantemente á su adversario, acechando la ocasion oportuna de atacarle con ventaja, de tirarle por tierra, y despedazarle con las poderosas uñas que adornan sus pezuñas; pero estos no son aun todos los ardides de que se vale su gran sagacidad. La facultad de tenerse y andar de pies, le proporciona el hacer uso de una estratagema con que no pocas veces consigue el fin que se propone; la destruccion de su antagonista. Si en su persecucion encuentra un cenagal, ó un riachuelo poco profundo, al momento escoge este sitio para teatro del combate; allí es donde muestra toda su astucia y los medios que la naturaleza le ha dado para su defensa; el perro, que tiene bastante atrevimiento para perseguirle aun en semejante sitio, es perdido sin remedio si el resto de la jauria no le ayuda; el Gervo cuya talla superior le permite tener la cabeza fuera del agua, termina generalmente el combate sumergiendo á su adversario, ahogándole con la ayuda de sus patas de atras, con las que le tiene agarrado bajo la superficie del agua; pero si los perros son muchos y prudentes, cualquiera que sea la arena de la pelea, todas los probabilidades estan á favor de la jauria y de los cazadores; atacado por detras al propio tiempo que por delante, le derriban con facilidad, y dan muerte sin piedad alguna. Los indígenas que le cazan y persiguen con gran empeño, le matan con azagayas, (dardo arrojadizo de que usan los moros) ó bien rompiéndole con una maza los remos de detras cuando los perros consiguen hacerle parar.

La carne de los Gervos aunque no es crasa es de bastante buen gusto, y algunos la califican de escelente y de facil digestion; pero desgraciadamente el número de ellos ha disminuido mucho en los cantones habitados de aquella parte del mundo. En ninguna época han abundado lo suficiente para ser considerados como medio seguro de subsistencia. Por lo demas ningun otro pais sobre la superficie del globo, por favorecido que haya sido en otras cosas, puede presentar á las tribus errantes y holgazanas, un número tan grande de animales salvages para subvenir á las necesidades de una poblacion numerosa. Las hordas de indígenas que viven de la caza, aun en los vastos campos de la América, estan siempre en un estado de miseria y escasez, por todas partes sujetos á enfermedades que disminuyen mucho su número, y condenados á una inferioridad grandísima comparados con las colonias de europeos, destinados á enseñarlos la verdadera condicion del hombre.

L. G.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR.